



# El canto del maíz

► ..... Texto: Ken Whealy

Un proverbio dice que cuando el sabio señala con el dedo a la Luna, el necio mira el dedo. En estos tiempos que corren estremece comprobar la actualidad de este relato, certeramente oportuno a pesar de haber cumplido más de veinte años. Al releerlo, podemos quedarnos en la superficialidad de la anécdota romántica, en la descripción de una cultura antigua como algo pasado, o ver el futuro que nos señala tan sabiamente invitándonos a elegir entre dos actitudes, la de valorar y cuidar las semillas como el tesoro que son para la Humanidad, o dejarlas en manos del aciago monopolio al que nos llevan los transgénicos

**H**ace muchos años me invitaron a quedarme cuatro semanas en Third Mesa, en el país de los hopi. Estábamos en julio y hacía tres semanas que no había llovido; las tierras se asfixiaban bajo el calor tórrido. Era mediodía y mi anfitrión dormía apaciblemente la siesta en el frescor de su casa de piedra. Yo no podía quedarme quieto. Cerré suavemente la puerta-mosquitera detrás de mí y me hundí en el calor de la *kisnovi*, la plaza del pueblo. Busqué con la mirada cualquier movimiento, pero todo estaba tan calmado como si fuera medianoche. Sólo un perro se movía para no perder la escasa sombra del mediodía. El resto del poblado parecía respetar el ritual de la profunda siesta que Tawa, el Padre Sol, les imponía cotidianamente.

—Sólo los perros locos y los ingleses en el sol del mediodía— murmuré en tono somnoliento. No sabía a dónde iba mientras descendía por el borde de la meseta, por un sendero que hacía mucho tiempo había sido picado en las rocas blandas, durante los días más frescos.

Cuando llegué al fondo del cantil vi un lagarto que se deslizaba rápidamente por un camino polvoriento. Entonces le seguí, como si esa criatura me guiara. Tras una marcha de alrededor de un cuarto de hora, el sendero se bifurcaba repentinamente hacia el norte, rodeando unas rocas desprendidas. Antes de poder ver el otro lado de las rocas oí débilmente una voz que cantaba. Reduje el paso e intenté echar una mirada. Tenía ante mí una plantación de maíz, la más grande que había contemplado en aquella región. Era tan grande que no parecía hopi. Aún no veía ninguna persona, el canto se hizo más claro.

Supuse que era la voz dulce y potente de un anciano. ¿Pero dónde estaba? Pasé algunos minutos aún escuchando aquel campo de maíz que cantaba. Y de repente, de las verdes plantas de maíz, emergió una cabeza blanca que en el borde de las hileras se movía lentamente sin dejar de cantar. Me hice repentinamente consciente de lo que mis ojos veían. Aquel campo de maíz, en plena mitad de verano, era magnífico y lujuriente. Cerca, en cada planta,



Esther Casas

.....  
Maíz d'escairar variedad procedente de Catalunya

maduraban unas doce espigas y calculé rápidamente que con bastante aproximación habría 1.200 plantas de maíz.

La tierra estaba seca y apergamizada a causa de la larga sequía, y sin embargo el maíz mostraba escasos signos de marchitez, al contrario que la mayoría de los otros campos que había podido observar alrededor del pueblo.

Las quejas que había oído de los agricultores que vivían cerca de la casa donde residía, me habían hecho creer que todo el maíz perecería de sed. ¿Pero este campo parecía recién bendecido por la lluvia!

Remonté tranquilamente el camino hacia el pueblo, sin ser visto por el anciano. Mi anfitrión se había desper-

Esther Casas



Maíz de la Creu variedad procedente de Catalunya

tado y me preguntó dónde había estado. Cuando le expliqué lo que había visto y oído, el interés que mostraba por el motivo de mis vagabundeos se transformó en una sonrisa divertida.

–Veo que has encontrado el campo de Titus–, dijo emitiendo una risita reprimida.

–¿Pero, por qué ese campo está tan resplandeciente? ¿Posee una fuente de agua secreta?

El Gran Padre rió satisfecho.

–Claro que no. Pero tiene Navoti.

–¿Qué es eso?– pregunté pensando que podía existir un abono secreto accesible sólo a ciertos clanes.

–Él posee la Vía Hopi–, me explicó el Gran Padre, después de una pausa pensativa. –Él conoce los viejos cantos que refrescan sus plántulas de maíz. Recita sus plegarias correctamente durante la siembra. Y, lo que es más importante de todo, sabe que no es necesario preocuparse, porque la angustia perjudica a las plantas tanto como la sequía. En lugar de angustiarse, lo que pondría nerviosas a sus pequeñas, va hacia ellas durante el calor del día y les canta los viejos cantos que son, para sus hijas, fuente de valor.

–Pero Gran Padre, seguro que los otros hombres se dan cuenta de la diferencia de su maíz. ¿Por qué no aprenden sus canciones y las cantan a su maíz?

Mi viejo maestro Hopi suspiró.

–Eso no le serviría a nadie. Navoti no vive en las semillas de los otros.

Al final de aquel importante mes que pasé en la Mesa, fui en automóvil hacia el Norte, a lo largo del valle de Río Grande, para llegar a Taos, la ciudad donde residía. Durante mi viaje por cada uno de los diecinueve Pueblos, sentí como si algo me llamara. Quizá por primera vez me di cuenta de qué poco se utilizaban los antiguos cultivos, incluso la alfalfa.

Sentí como si las semillas me llamaran. Tomé conciencia de que la fuente de la fuerza que sentía estaba encerrada en los cobertizos, en las macetas, en las cajas de café y en los cubos guardados en las esquinas oscuras; estaba también en las antiguas alfombras de maíz trenzado.

Las semillas que me llamaban eran semillas antiguas, recolectadas antes de la llegada de los supermercados, an-

David Olmo



Félix Ballarín



Maíz autóctono de Aragón, le llaman maíz rojo vinoso, tiene el grano rojo y el zuro blanco

tes de la llegada de los sobres de aluminio de las estanterías de las tiendas, al principio de cada primavera.

Esas eran las semillas de las que el Gran Padre me había hablado; las que aún poseían el Navoti de eras pasadas. Después de algunos cincuenta años, su vitalidad estaba intacta. El clima seco de las altas planicies de las mesetas habían favorecido la conservación de una antigua fuerza que vivía en la época cuando los hombres cantaban a sus plantas. Ahora esas semillas dirigían sus cantos hacia mí, con la esperanza de ser oídas antes de desvanecerse para siempre en el olvido". ■

**Notas**

Este texto es un fragmento del libro *The First Ten Years*, de Ken Whealy, publicado por la revista *Seed Savers Exchange* en 1986. Lo tradujo Dominique Guillet al francés para su catálogo de semillas *Terre de Semences*, empresa antecesora de la asociación *Kokopelli* en la recuperación de antiguas variedades hortícolas.